



En Semana Santa

En el corazón de esta semana Santa nos encontramos con la cruda realidad de que la muerte nos espera a todos—“el último enemigo a destruir”, dice San Pablo. Pero ha sido destruida en la resurrección del “Cordero inmolado que vive para siempre.” Jesucristo “rompió las rejas de la prisión de la muerte y resucitó victorioso de la tumba”, y “en su resurrección ha resucitado la vida de todos.”

Con el comienzo de la Vigilia de Pascua, el recientemente encendido cirio pascual y las velas encendidas de los fieles hacen que la oscura iglesia brille con “un fuego dividido en muchas llamas, sin embargo, nunca se opaca por compartir su luz.” “El amor de Cristo nuestra Luz” que destruyo la muerte no se disminuye al pasar de un corazón a otro, ni tampoco su llama en nosotros se extinguirá al pasarla para brille en el corazón de otros.

En la mañana de Pascua esa luz—la Luz del Amor Divino en el corazón humano de Jesús—estalló desde la tumba; por los siglos desde entonces, las tinieblas de este mundo nunca la han superado. Durante la temporada de Pascua, me pongo ante esa luz cada día con las antiguas palabras de Isaac de Nínive:

Oh Cristo, que estás cubierto de la luz
como si fuera una túnica,
que por mí causa
estuviste desnudo ante Pilato,
vísteme con esa fuerza
la misma con que cubriste a los santos,
con que conquistaron este mundo de lucha.
Que tu divinidad, Señor,
se plazca en mí
y me guíe encima del mundo
para estar contigo.

Oh Cristo, a quien los muchos ojos de los
querubines son incapaces de mirarte
por la gloria de tu rostro,
aun por amor recibiste escupitajos en tu cara;
elimina la vergüenza de mi cara
y concédeme una cara abierta ante Tí
en el momento de la oración.

Que el Señor Resucitado responda a tus
oraciones y te de una participación cada vez
más profunda en su victoria sobre la muerte.